

# Georgie, mi hijo\*

**G**eorgie nació en la misma casa que yo, en el centro de Buenos Aires, en la calle Tucumán. Pero no estuvo allí mucho tiempo: algunos años después nos fuimos a vivir al barrio de Palermo, a una gran casa con jardín... Ese jardín es el que él recuerda cuando dice que ha pasado su infancia en un jardín y en una biblioteca. Esta última era de mi marido; allá formó su espíritu. Como su padre, cada vez que una palabra o que una cosa le llamaba la atención y que no conocía, la buscaba rápido para informarse en un diccionario o en otro libro donde encontrarla.

Es en esta casa, donde estuvo hasta la edad de trece años, donde él comienza a leer ante todo en inglés, con una institutriz; después de esto él va al colegio. Nos fuimos enseguida a Europa. En Ginebra, donde él hace el bachillerato en francés, se queda durante seis años y pudo aprender mucho sobre literatura francesa y alemana. Además, aprende alemán, solo; él compró muchos libros alemanes que se encontraban fácilmente (era durante la guerra). De esta manera descubre la literatura china en las traducciones alemanas. Luego nos fuimos a España. Allí entra en relación con los jóvenes poetas del movimiento *ultraísta*, y encuentra también a quien él ha considerado siempre como su maestro, Cansinos Asséns. También frecuentaba a Gómez de la Serna.

A nuestra vuelta, en 1921, escribió aquí *Fervor de Buenos Aires*. Pero nosotros volvimos a partir para Europa y él dejó aquí los ejemplares de su libro... Estos llegan mientras tanto a España, sin él saberlo. Cuando pasamos por Madrid se encuentra a Ramón Gómez de la Serna, Enrique Díez Canedo y Alfonso Reyes entusiasmados con su libro, al que Gómez de la Serna consagra en un artículo en la *Revista de Occidente*. Este artículo llegó a la Argentina, y cuando Georgie volvió, su libro estaba lanzado. Él continúa escribiendo, impulsado por su padre, que le evita toda preocupación material.

Al principio, no podía hablar en público; actualmente, o bien él ha vencido eso o ha cambiado. Cuando se le ofreció un banquete, en el momento en que Perón lo despidió de su puesto, escribió un discurso, pero fue Pedro Henríquez Ureña quien lo tuvo que leer. Cuando las celebraciones centenarias de Buenos Aires, en 1936, no pudo leer un texto que le habían pedido cuando se quedó solo, delante de la radio; debió

\* Palabras recogidas por Antoine Travers y publicadas en francés en L'Herne, París, 1969. Traducción: Juan Malpartida.

de recurrir, de nuevo, a Henríquez Ureña ¡y muchísima gente encontró que Borges tenía una curiosa voz por la radio!

Cuando era pequeño era un niño tímido, muy reservado. Adoraba a su hermana y ambos imaginaban un número infinito de juegos extraordinarios. No discutían jamás y estaban siempre juntos antes de que Georgie encontrara amigos en el colegio de Suiza.

Su primer escrito impreso fue la traducción de un cuento de Oscar Wilde, *El príncipe feliz*, que él hizo en Buenos Aires cuando tenía nueve años. Álvaro Mallián Lafinur encuentra este trabajo «perfecto», y lo publica en el diario *El País*. El segundo texto fue una carta que escribió a uno de sus amigos que era abogado en Génova. Ésta la publica en un diario de esta ciudad en su texto original francés.

Dio su primera conferencia a los 23 o 24 años. Era *El idioma de los argentinos*. Obviamente, no la leyó, arguyendo su mala vista. Es Rojas Silveyra quien le reemplaza; Georgie estuvo a punto de no asistir, por miedo; pero cambió de opinión en el último momento para no apenarme, como él dijo luego.

Yo supe pronto que él sería escritor. A los seis años había compuesto un pequeño cuento, en español clásico, titulado *La orilla fatal*; tenía cuatro o cinco páginas. Cuando era pequeño tenía un lenguaje del todo extraordinario. ¿Quizá lo entendía mal? Desfiguraba completamente muchas palabras.

Tenía pasión por los animales, sobre todo por las bestias feroces. Cuando íbamos al jardín zoológico, era difícil hacerle salir. Yo, siendo pequeña, tenía miedo de él, que era grande y fuerte. Tenía miedo de que se encolerizara y me golpeará... Pero él era muy bueno. Cuando no quería ceder, le quitaba sus libros; eso era determinante.

La lectura fue pronto su gran pasión. Pero le gustaba también mucho salir, a la calle o al jardín. Este último tenía una gran palmera de la cual Georgie se acuerda en sus versos llamándola «conventillo de pájaros». Bajo esta palmera él inventaba con su hermana juegos, sueños, proyectos. Creaban los personajes con los que jugaban; estaban en su isla.

Al principio, a Georgie no le gustaban las visitas de los amigos de mi marido. Luego se acostumbró. Pronto, por ejemplo, cuando Carriego venía, a él le gustaba quedarse abajo con los mayores para oír al poeta recitar sus propios versos, o bien *El misionero*, de Almafuerte; se quedaba allí, con los grandes ojos abiertos...

En nuestra primera vuelta de Europa hizo grandes amistades y le resultó duro cuando debimos volver a partir para Londres donde mi marido tenía que cuidarse los ojos. Georgie estaba entonces enamorado de una joven que él había conocido en casa de unos amigos y a la que dedica algunos poemas de *Fervor de Buenos Aires*... Pero no se casó jamás, cosa que yo lamento mucho. Tuvo un tiempo en el que no le gustaban los niños; pero cuando su hermana Nora los tuvo los quiso apasionadamente.

Como yo lo había hecho para mi marido, que veía muy mal también, le leía todo a Georgie desde los siete años. Y cuando escribe, me dicta. Hay algunas cosas que él no me ha leído, como el poema *Los dones*, tan triste, donde él habla de sus ojos. Pero lo leí cuando se imprimió. «¿Cómo hiciste?», le pregunté, y él me respondió:

«Sí, lo dicté a alguien en la biblioteca porque pensé que te daría pena». En efecto, él disimula todo lo que se relaciona con su mala vista, lo disimula mucho. Está siempre de buen humor, pero sé bien que en el fondo hay otra cosa...

Es necesario que yo le cuente cómo conoció a Victoria Ocampo. Fue después de esta famosa conferencia sobre *El idioma de los argentinos*, que la prensa publica al día siguiente. Aquella misma noche, Victoria le escribió una carta: «Usted ha sabido decir lo que yo siempre he pensado de la lengua española y no he podido decir. Quisiera hablarle». Quedó impactado; él, un muchacho: «¿Qué puedo yo decirle a Victoria? ¡A Victoria Ocampo!». «Pero ella te está diciendo de lo que quiere que le hables». La carta llegó un sábado y ella invitó a Georgie a almorzar para el día siguiente. Fue allí y, naturalmente, hablaron mucho. Luego Victoria vino a casa. Georgie ha tenido siempre por ella al mismo tiempo que mucho afecto, un gran respeto. Él es también un gran amigo de Silvina Ocampo y de su marido Adolfo Bioy Casares, a quien conoció antes de su matrimonio.

En aquella época dibujaba animales tumbado en el suelo, y comenzaba siempre al revés, por las patas. Dibujaba sobre todo tigres, que eran sus animales favoritos. Después de los tigres y de otros animales salvajes, pasa a animales prehistóricos sobre los que él leyó durante dos años todo lo que es posible leer. Enseguida se apasionó por las cosas egipcias y leyó sobre ello incesantemente hasta el momento en el que cae en la literatura china. Hay varios libros sobre este tema. En suma, él ama todo lo que es misterioso. Es así como ha escrito muchas conferencias sobre la Cábala. Incluso los judíos le han preguntado cómo sabe él tanto de la Cábala. Luego de eso tuvo la época de Dante, sobre el que él ha escrito mucho. Yo creo que se podría hacer un libro. Él ha profundizado mucho en este tema y dice que la *Divina Comedia* es lo más extraordinario de la literatura humana. ¡Fue necesario que yo se lo leyera en italiano!

Cuando estaba en el colegio, Georgie era buen estudiante, aplicándose a sus deberes y a sus lecciones, pero las matemáticas le costaban. Por el contrario, le gustaba la historia y, naturalmente, la literatura, así como la gramática y la filosofía. En cuanto a esta última disciplina, leía mucho y hablaba con su padre, porque mi marido, aun siendo abogado, había hecho un curso de psicología inglesa en el Instituto de Lenguas Vivas. Los dos comenzaron a hablar de filosofía cuando Georgie tenía diez años. Mi marido, que murió en 1938, estaba orgulloso de su hijo; él también había escrito poemas y la primera traducción española en verso de las *Rubayatas* de Omar Khayyam. Pero él cedió todo su interés en este dominio a su hijo.

Georgie tuvo dos accidentes graves, uno de ellos cuando era un niño. Cayó del primer vagón de un tranvía y las ruedas del segundo coche pasaron a algunos centímetros de su cabeza; algunos cabellos suyos quedaron cortados, a sus gafas no les pasó nada, pero su nariz quedó estropeada. Tuvo otro accidente horrible, a raíz del cual empezó a escribir cuentos fantásticos, lo que no le había ocurrido antes. Yo creo que algo cambió entonces en su cerebro. En todo caso, estuvo un cierto tiempo entre

la vida y la muerte. Era en la víspera de Navidad, Georgie había ido a buscar a una invitada que debía venir a almorzar. ¡Y Georgie no llegaba! Yo estaba como loca hasta el momento en que telefonearon de la policía. Mi marido y yo partimos enseguida. Había ocurrido que el ascensor no funcionaba y Georgie había subido las escaleras muy rápido y no había visto una ventana abierta cuyo vidrio se incrustó en su cabeza. Se le ven aún las cicatrices. La herida no había sido bien desinfectada en los puntos de sutura. Tenía cuarenta grados de fiebre al día siguiente. La fiebre continuó y fue necesario operar finalmente en plena noche. Estuvo entre la vida y la muerte durante dos semanas, con cuarenta o cuarenta y un grados de fiebre. Al principio de la primera, la fiebre había comenzado a bajar, y me dijo: «Léeme un libro, léeme una página». Había tenido delirios y veía animales entrar por la puerta, etc. Yo le leí una página y él me dijo entonces: «Todo va bien. ¿Cómo estás? Sí, sé que no voy a enloquecer, lo he comprendido perfectamente». Después de su vuelta a casa se puso a escribir un cuento fantástico, el primero. Era en 1938, y él tenía 39 años. El libro del que yo le había leído una página en la clínica era las *Crónicas marcianas*, de Bradbury (que el prologó más tarde). Y después, él no ha escrito sino cuentos fantásticos que me dan un poco de terror, porque no los comprendo bien. Le dije un día: «¿Por qué no escribes de nuevo las mismas cosas que antes?». Y me respondió: «Déjalo, déjalo». Él tenía razón.

## Leonor Acevedo de Borges

